

PARTE II. sí misma, y por último se puede decir que murió por ellos, porque la pérdida de sus hijos, y sus aficciones y no la edad, le quitaron la vida. Su elevada posición no la hacía insensible á los afectos y sentimientos de la amistad⁶³: olvidando las distinciones de su clase, tomaba parte en las felicidades y contratiempos de sus amigos, visitándolos y consolándolos cuando habían sufrido alguna desgracia ó cuando se hallaban enfermos, y aceptando en más de un caso el cargo de ejecutora testamentaria⁶⁴. Su corazón estaba ciertamente lleno de amor y benevolencia por los demás. En medio del ardor de la guerra, su espíritu se ocupaba en discurrir algún modo para mitigar sus horrores. Dicese que fué la primera que introdujo la benéfica institución de los hospitales de campaña, y ya hemos visto más de una vez su viva solicitud por economizar la efusión de sangre de sus mismos enemigos; pero no hay necesidad de multiplicar ejemplos de este brillante rasgo de su carácter, porque son muy comunes en toda su vida⁶⁵.

tivo para aquel cuidado. Véase el cap. 24, part. 2 de esta historia.

63 La más querida de sus amigas fué probablemente la marquesa de Moya, que, como rara vez se separó del lado de su real señora durante toda su vida, tuvo la triste satisfacción de cerrarle los párpados á la hora de su muerte. Oviedo, que las vió frecuentemente juntas, dice que la reina nunca dió á ésta señora, ni aun en los últimos años de su vida, otro nombre que el afectuoso de *hija marquesa*. *Quincuagenas*, MS., bat. 1, quinc. 1, diál. 23.

64 Como sucedió con Cárdenas, el comendador mayor, y con el gran Cardenal Mendoza, á quienes dispensó, según hemos visto, las más afectuosas atenciones durante sus últimas enfermedades; y al mismo tiempo que se entregaba en esto á los naturales sentimientos de su corazón, tenía el mayor cuidado en tributar todas las muestras

exteriores de consideración á la memoria de aquellas personas que por su clase ó por sus servicios eran acreedoras á ello. "Cuando quiera que fallecía alguno de los grandes de su reino, dice el autor tantas veces citado, ó algún príncipe cristiano, luego enviaban varones sabios y religiosos para consolar á sus herederos y deudos. Y además de esto se vestían de ropas de luto en testimonio del dolor y sentimiento que hacían." L. Marineo, *Cosas memorables*, folio 185.

65 Su humanidad se vió bien clara en los esfuerzos que hizo para disminuir la ferocidad de aquellas fiestas nacionales, las corridas de toros, que por la gran popularidad de que gozaban en todo el país no se atrevió á abolir enteramente, como lo dice en una de sus cartas. Conmovióla tanto el sangriento resultado que tuvo una corrida á que asistió, en Arévalo, que, según dice un

En estas cualidades apacibles de su sexo es en lo que más resalta la superioridad de Isabel de Castilla, sobre la ilustre reina de su mismo nombre Isabel de Inglaterra⁶⁶, cuya historia presenta algunos puntos de semejanza con la suya. Ambas pasaron los primeros años de su vida en la terrible escuela de la adversidad; las dos tuvieron que sufrir las mayores humillaciones de parte de sus más próximos deudos, que debían haberlas amado y protegido; ambas consiguieron sentarse en el trono después de las vicisitudes más contrarias; y una y otra condujeron su reino, durante un reinado largo y glorioso, á un grado de prosperidad á que jamás había llegado. Entrambas experimentaron en vida la vanidad de todas las grandezas de la tierra, y fueron víctimas de una tristeza inconsolable, y las dos dejaron un nombre ilustre que no ha tenido igual en la historia posterior de sus respectivos países.

Pero fuera de estas pocas circunstancias de su historia, no se encuentra ya semejanza entre una y otra; apenas hay en sus caracteres ningún punto de contacto. Isabel de Inglaterra, habiendo heredado gran parte del genio orgulloso y brusco del rey Enrique, era altiva, arrogante, adusta, é irascible, y á estas fieras cualidades añadía profundo disimulo y extrema irresolución. Isabel de Castilla, por el contrario, templaba la dignidad de su categoría de reina con los modales más apacibles y corteses: una vez resuelta era constante en sus propósitos, y su conducta pública y privada llevaba el sello del candor y de la honradez. Ambas puede decirse que manifestaron una magnanimidad acreditada por haber realizado grandes cosas venciendo los mayores obstáculos; pero Isabel de Inglaterra era en extremo egoísta, incapaz de olvidar no solo una injuria verdadera, sino aun la más ligera ofensa á su vanidad, y en su corazón no tenía entrada la clemencia. Isabel de Castilla al contrario, solo vivía para los demás, dispuesta siempre á sacrificarse por el bien público, y lejos de alimentar resentimientos personales, manifestaba la mayor bondad á aquellos

contemporáneo, imaginó un medio para embotar las astas de los toros, á fin de que no pudieran causar ningún daño grave á los hombres ni á los caballos, y no quiso volver á otra corrida mientras no se hubiera adoptado aque-

lla precaución. Oviedo, *Quincuagenas*, MS.

66 Isabel, nombre de la Reina Católica, corresponde exactamente al inglés *Elizabeth*.

CAP. XVI.
Paralelo de esta reina con Isabel de Inglaterra.

PARTE II. mismos que la habían injuriado en lo mas vivo, al propio tiempo que su benévolo corazón buscaba toda especie de medios para mitigar la severidad autorizada por las leyes aun con los culpables ⁶⁷.

Ambas estaban dotadas de extraordinaria fortaleza. Isabel de Castilla se halló á la verdad en situaciones que exigían el ejercicio de esta virtud, con mas frecuencia y en mas alto grado que su rival; pero nadie dudará tampoco que poseía en grado heróico esta cualidad la hija de Enrique VII. Isabel de Inglaterra logró mejor educacion y una instruccion mas elevada que Isabel de Castilla; pero ésta tenía el saber suficiente para desempeñar con dignidad su alto cargo, y protegió las letras con munificencia ⁶⁸. El genio y pasiones varoniles de la de Inglaterra, parece que la hacían estraña á las prendas peculiares de su sexo, ó al menos, á las que constituyen su encanto, porque no estuvo libre de gran parte de sus flaquezas, como de una presuncion y deseo de ser admirada, que ni aun los años pudieron corregir, de una ligereza muy libre, si ya no culpable ⁶⁹, y de tal pasion por las galas

67 Dió pruebas de esto en la conmutacion de la suerte del miserable que intentó asesinar á su marido, á quien los feroces nobles de su corte querían hacer morir, sin darle tiempo para confesarse, "á fin de que su alma pereciera con el cuerpo." (Véase su carta á Talavera). Manifestó su carácter benigno, tan raro en aquellos duros tiempos, haciendo suprimir los crueles preliminares con que en algunos casos prescribían las leyes se ejecutara la pena capital.—Memorias de la Academia de la Historia, t. vi, Ilust. 13.

68 Hume confiesa que, "desgraciadamente para las letras, ó á lo menos para los literatos de aquel tiempo, Isabel de Inglaterra ponía su vanidad mas bien en hacer brillar su instruccion personal, que en alentar con su generosidad á los hombres de talento."

69 Cuál de las dos cosas fuera, es

algo difícil que pueda determinar el que examine las memorias y documentos que tenemos de aquella época. Si necesitáramos de pruebas para convencernos de los muchos aspectos que puede presentar la historia, y de lo difícil que es acertar con el verdadero, no tendríamos que hacer mas que comparar la relacion que de este reinado hizo el Dr. Lingard con la que dió Mr. Turner. Debía ya esperarse mucha parcialidad del que se reconoce apolo-gista de un partido perseguido, como le sucede al primero de dichos escritores. Pero sospecho que se halla tambien en mas de un caso en el último, como por ejemplo en el reinado de Ricardo III: ¡nació ésta del deseo de decir cosas nuevas sobre una materia tan trillada, en que lo nuevo no siempre puede ser verdadero, ó como es mas probable, de aquella confiada benevolencia que comu-

é inoportuna magnificencia en los adornos, que era ridícula y aun repugnante, segun los diferentes periodos de su vida en que se entregó á ella ⁷⁰. La de Castilla, lejos de esto, se distinguió en toda su vida por el decoro de sus modales, y por una pureza que ni aun la calumnia pudo empañar, contenta siempre con el legítimo afecto que pudiera inspirar dentro del círculo de su familia. Bien lejos de que usara de ninguna afectacion frívola en los trajes ni en los adornos, iba siempre con la mayor sencillez, y parecía que no daba valor alguno á sus joyas, sino en cuanto podían servir para las necesidades del Estado ⁷¹, pues cuando no eran útiles para esto, las daba con facilidad, segun hemos visto á sus amigas.

Ambas fueron extraordinariamente prudentes en la eleccion de sus ministros, aunque la de Inglaterra, incurrió en algunos errores en este particular por su ligereza ⁷², así como Isabel de Castilla por sus sentimientos religiosos. Estos precisamente fueron los que, reunidos con su excesiva humildad, condujeron á la última á los únicos desaciertos graves que se encuentran en su gobierno. Su rival no incurrió en tales defectos, y estaba muy distante de poseer las apreciables cualidades que conducen á ellos; la conducta de ésta no era regida ni dirigida por los principios religiosos, y aunque fué muralla de la religion protestante, sería difícil decir si en el corazón era mas ni

nica y presta algo de su propia bondad para disimular las fealdades del carácter humano? El lector imparcial convendrá quizá en que Mr. Hallam ha sabido mantener en su fiel la balanza de las buenas y malas cualidades de aquella gran reina, con mas firmeza é imparcialidad que ninguno de los escritores precedentes.

70 El testimonio nada sospechoso de su ahijado Harrington pone en claro estas debilidades de la manera mas chocante. Si fuera cierta, ó siquiera aproximada á la verdad, la sabida anécdota, repetida muchas veces por los historiadores, de que dejó á su muerte tres mil vestidos en sus guardaropas, presenta-

ria una contraposicion singular con el gusto de Isabel en esta materia.

71 Recordará el lector cuan útiles fueron para este objeto en la guerra de los moros. Véase el capítulo 14, part. 1 de esta historia.

72 Casi no hay necesidad de mencionar los nombres de Hatton y de Leicester, sujetos ambos á quienes sus atractivos personales abrieron las puertas de los primeros cargos del Estado, y de los cuales el último continuó gozando del mayor favor con la reina, por espacio de treinta años, sin embargo de que carecía absolutamente de todo mérito moral.

PARTE II. menos protestante que católica: miraba la religion en sus relaciones con el estado, ó en otros términos consigo misma, y adoptó medidas para obligar á conformarse con sus planes, poco menos despóticas y casi tan crueles como las que dictó por motivos de conciencia su mas supersticiosa rival ⁷³.

Este rasgo de superstición, que ha cubierto como de cierta sombra el carácter de Isabel, por lo demas hermoso y sin mancilla, podria dar lugar á que se la considerase como inferior en talento á la reina de Inglaterra; pero para juzgar con exactitud acerca de este punto debemos considerar los bienes producidos por sus respectivos reinados. Isabel de Inglaterra encontró á mano todos los medios de hacer la felicidad, y se aprovechó de ellos hábilmente para construir con solidez el edificio de la grandeza nacional. La de Castilla creó estos medios, halló las facultades de sus pueblos sumidas en mortal letargo, y les infundió el aliento de vida para hacerles acometer aquellas empresas grandes y heróicas que terminaron con las consecuencias mas gloriosas para la monarquía. Cuando los grandes hechos de su reinado se ven desde el punto de vista de la posicion que ocupaba Isabel en sus principios, son tales que aparecen poco menos que milagrosos. Tambien se debe tener presente que el genio varonil de la reina inglesa resalta mas de lo que naturalmente era, por lo mismo que estaba tan deprovista de las cualidades dulces de su sexo; al paso que el de su rival, á manera de una fábrica grande, pero bien proporcionada, pierde en apariencia algo de su verdadera grandeza, por la misma armonía de sus partes.

Las circunstancias de la muerte de una y otra, que fueron algun tanto iguales, presentaron la gran diferencia de sus caracteres. Las dos sucumbieron en medio de su regio estado bajo el peso de un aba-

⁷³ Verdad es que la reina Isabel de Inglaterra, en un manifesto á sus súbditos, decia: "no es nuestra voluntad ni nuestra intencion que se moleste á ninguno de nuestros súbditos ni con procedimientos ni con inquisicion por ningun asunto de fe, siempre que profese la fe cristiana." (Turner's Elizabeth, vol. II, p. 241, nota.) Esto le hace á uno re-

cordar la definicion de Thwackum en "Tom Jones." "Cuando yo digo religion, quiero decir la religion cristiana; y no solo la religion cristiana, sino la religion protestante: y no solo la religion protestante, sino la anglicana. Dificil seria decir quiénes lo hacian peor en esto de tolerancia, si los puritanos ó los católicos."

timiento incurable, mas bien que á la fuerza de ninguna enfermedad física conocida. En Isabel de Inglaterra procedia éste de su vanidad herida del convencimiento profundo de que la habia abandonado la admiracion con que por tanto tiempo se alimentara, y aun el afecto de la amistad y la adhesion de sus súbditos; y no buscó el consuelo donde únicamente podia encontrarlo en aquella triste hora. Isabel de Castilla, por el contrario, desfalleció bajo el dolor de su tierna sensibilidad por los padecimientos de los demas, y en medio de la tristeza que la agobiaba volvía los ojos con la confianza de la fe al brillante porvenir de otra vida mejor, y exhaló el último respiro en medio de las lágrimas y lamentos universales de sus pueblos.

En esta adhesion, siempre viva y nunca disminuida de sus súbditos, es en lo que vemos la prueba mas inequívoca de las virtudes de Isabel. Si solo atendiéramos á los tiempos sucesivos, en que algunas de sus medidas mas desacertadas han hallado favor en España y se han perpetuado, mientras que las mas ventajosas han sido olvidadas, podríamos juzgar equivocadamente acerca de su verdadero mérito. Para formarnos exacta idea debemos atender al testimonio de sus contemporáneos, testigos oculares de la situacion en que halló el estado y en que la dejó; y no encontraremos sino una sola opinion acerca de ella, así en los naturales como en los extranjeros. En efecto, los escritores franceses y los italianos concurren unánimes á celebrar las glorias de su reinado, y su magnanimidad, su sabiduría, y la pureza de su carácter ⁷⁴: sus súbditos la ensalzan "como el ejemplo mas bri-

CAP. XVI.
Testimonio universal de sus virtudes.

⁷⁴ "Quum generosi," dice Pablo Giovio hablando de Isabel, "prudētis- que animi magnitudine, tum pudicitia et pietatis laude antiquis heroidibus comparanda." (Vitæ Illust. Virorum, p. 205.) Guicciardini la elogia como "Donna di honestissimi costumi e in concetto grandissimo nei regni suoi di magnanimità e prudenza (Istoria. libro 6). El *Loyal serviteur* da noticia de su muerte con el siguiente trozo cabaleresco: "L'an 1506, une des plus triomphantes et glorieuses dames qui puis

mille ans ait, esté sur terre alla de vie à trespas; ce fut la royne Isabel de Castille, qui ayda, le bras armé, à conqueter le royaume de Grenade sur les mores. Je veux bien asseurer aux lecteurs de ceste presente hystoire, que sa vie à esté telle, qu'elle a bien mérité couronne de laurier après sa mort." *Memoires de Bayard*, chap. 26.—Véase tambien á Comines, *Mémoires*, chap. 23.—á Navagiero, *Viaggio*, fol. 27—y otros.

PARTE II. llante de todas las virtudes, y lloran el día de su muerte como el último de la prosperidad y felicidad de su patria ⁷⁵;” los que estuvieron cerca de su persona no cesan de manifestar su admiración por aquellas amables cualidades, cuyo poder no se revela completamente mas que á los que están en la franca intimidad de la vida privada ⁷⁶. El juicio de la posteridad ha venido á ratificar el de los contemporáneos, porque los españoles mas ilustrados de nuestros tiempos, aunque no se les oculten los errores del gobierno de Isabel, y sean mas capaces de apreciar su mérito que los de otras épocas menos cultas, dan honroso testimonio de sus virtudes, y al paso que olvidan la elogiada grandeza de otros reyes posteriores, en que suele fijarse la atención vulgar, hablan siempre con entusiasmo del carácter de Isabel, considerándole como mas grande que el de todos los otros reyes de su patria ⁷⁷.

⁷⁵ Tomó las palabras de uno de sus contemporáneos: “Quo quidem dic omnis Hispaniæ felicitas, omne decus, omnium virtutum pulcherrimum specimen interit.” (L. Marineo, Cosas memorables, lib. 71)—y la opinión unánime de todos.

⁷⁶ El lector que desee mas pruebas de esto, las hallará reunidas con abundancia por el infatigable Clemencin, en la Ilust. 21 de las Memorias de la Academia de la Historia, t. vi.

⁷⁷ Fácil sería traer, en apoyo de lo que digo, multitud de autoridades de célebres escritores, como Marina, Sempere, Llorente, Navarrete, Quintana

y otros, que tanto honor han hecho á la literatura española en el siglo presente; pero bastará llamar la atención hácia el distinguido obsequio tributado á las virtudes de Isabel por la real Academia española de la Historia, que en 1805 comisionó al secretario que fué de aquel cuerpo, Clemencin, para escribir un elogio de ésta ilustre Reina, y que levantó un monumento todavía mayor á su memoria, publicando en 1821 los diversos documentos recogidos por aquel para la ilustración del reinado de Isabel, en un tomo entero de sus apreciables Memorias.

CAPÍTULO XVII.

D. FERNANDO REGENTE.—SU SEGUNDO MATRIMONIO.—DISENSIONES CON EL ARCHIDUQUE D. FELIPE.—RENUNCIA D. FERNANDO LA REGENCIA.

1504—1506.

D. Fernando regente.—Pretensiones de D. Felipe.—D. Fernando duda sobre el partido que debe tomar.—Tratado impolítico con Francia.—Segundo matrimonio del rey.—Desembarco de D. Felipe y D.^a Juana.—Impopularidad de D. Fernando.—Entrevista que tuvo con su yerno.—D. Fernando renuncia la regencia.



A muerte de D.^a Isabel cambia en parte el aspecto de nuestra historia, que ha tenido por uno de sus principales objetos presentar las cualidades personales y el gobierno público de aquella ilustre reina. Verdad es que en la segunda parte de nuestra obra nos hemos ocupado principalmente en describir las relaciones exteriores de España, en que Isabel tuvo menos intervención que en los negocios interiores: pero aun hemos podido ver la influencia de su maternal solicitud en el mantenimiento del orden y en la prosperidad general de la nación. Su muerte nos hará conocer todavía mejor cuán importante era esta influencia, porque aquel golpe fué la señal para que se levantaran turbaciones, que ni aun el genio y autoridad de Fernando fueron poderosos á reprimir.

Casi no se habían enfriado aun los restos mortales de la reina, cuando el rey D. Fernando tomó las disposiciones acostumbradas para anunciar la exaltación de sus sucesores al trono. Hizo renuncia de la corona de Castilla, que había llevado con tanta gloria por espacio

CAP. XVII.

Proclamación de D. Felipe y Doña Juana.